

# LA COYUNTURA POST-ELECTORAL EN MEXICO Y LAS RELACIONES MEXICANO-NORTEAMERICANAS: PRIMERAS HIPOTESIS

*Carlos Rico F.*

El proceso de gobierno iniciado el 1 de febrero de 1988, se caracterizó por el inicio de un gobierno más democrático y económico, con un nivel de desarrollo en la economía nacional, lo que se convierte en un desafío para el gobierno de la UNED, que, en un momento de la historia mexicana, se enfrenta a una coyuntura post-electoral que plantea un reto a las relaciones mexicano-norteamericanas.

La coyuntura post-electoral en México se caracteriza por un cambio en la política exterior y en las relaciones con Estados Unidos. El nuevo gobierno de la UNED plantea un desafío a las relaciones mexicano-norteamericanas, que se manifiesta en un mayor acercamiento a Estados Unidos y en un mayor respeto a los derechos humanos.

**CARLOS RICO**  
Investigador. Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). México.



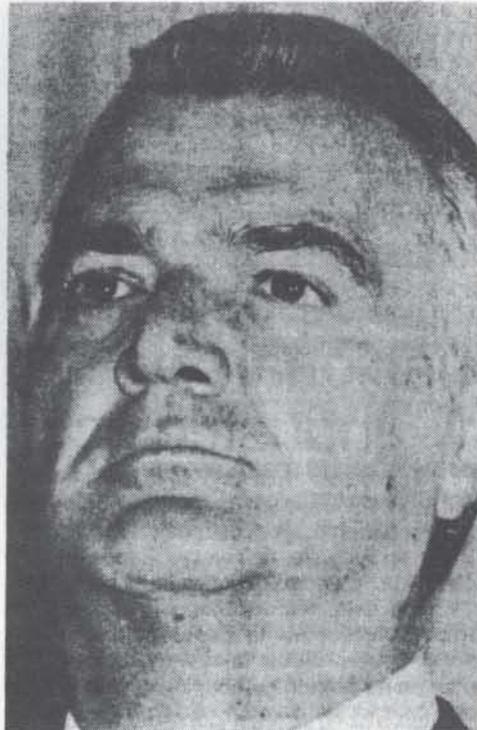
ses firmes y operantes. La historia del sexenio de De la Madrid confirmó, por una parte, este aserto y por la otra contribuyó a minarlo.

El proyecto de gobierno anunciado y, en buena medida, implementado por el actual gobierno mexicano tuvo un costo social y económico considerable, resumido en la serie de datos estadísticos sobre nivel de salario real, producto per cápita, etc. que se ha convertido en moneda de uso corriente en cualquier discusión de la situación nacional. No es necesario aquí repetirla. Sin embargo, si conviene recordar las más recientes estimaciones comparativas de la CEPAL que, confrontando la realidad mexicana con la del resto del de la región, toda ella duramente golpeada en estos últimos años, confirman que áreas otrora prioritarias tales como la salud y la educación han sufrido un retraso considerable que nos pone en los últimos lugares de las asignaciones presupuestarias dirigidas a estos rubros en toda América Latina.

Lo que simplícidamente llamaré "el proyecto De la Madrid", de hecho dependió de la vigencia de las estructuras de control social y político en las que durante décadas basó su estabilidad el sistema mexicano. Pero al mismo tiempo, y a pesar de que pueden encontrarse algunas pruebas de alguna sensibilidad política en la aplicación de recortes presupuestales, tendió a minar profundamente las líneas de clientelismo en las que se basaba tal control. Cuando los recortes llegaron hasta la propia burocracia estatal en sus niveles más bajos, fue necesario preguntarse cuáles serían los recursos políticos con los que el "nuevo proyecto nacional" enfrentaría la serie de conflictos y tensiones que, al menos en el corto plazo, parecía condenado a generar.

Es cierto que el país para el que tanto el proyecto anterior como los mecanismos de control político y social asociados a él habían sido pensados, no existe más. Pero esto no elimina el problema: al menos en el corto plazo las necesidades del programa llevado adelante por el gobierno mexicano golpeaban severamente esos mecanismos, sin generar simultáneamente otros esquemas que permitieron mantener los conflictos originados dentro de esquemas razonablemente dependientes de la lógica estatal. El corporatismo sindicalista, por ejemplo, resultó esencial para mantener la rígida política de restricción salarial. Pero al final de la historia, y ante los datos elementales de la evolución de los ingresos de los asalariados, tuvo que pagar el precio de entrada.

Tal vez este conflicto se resumiese más claramente en los problemas que la administración De la Madrid tuvo para conjugar en un solo proyecto una apertura, política, con otra, económica, que al menos en el corto plazo tenía un costo tan alto. En ese corto plazo "abrir políticamente" podía muchas veces substituir, por la vía del símbolo relevante, las demandas económicas y sociales. Pero a medida que avanzaba tal apertura política la posibilidad de mantener el mismo tipo de medidas costosas en un marco contro-



*El gobierno de Miguel de la Madrid se cerró crecientemente aún en la esfera electoral.*

lado en última instancia por los aparatos estatales se limitaba. Así, disminuía el valor de lo simbólico ante la creciente urgencia de lo concreto al mismo tiempo que lo simbólico mismo contribuía a la generación de nuevos espacios en los que tales demandas postergadas podían ser planteadas y defendidas.

No pretendo señalar que el "liberalismo político" de la administración tuviese un contenido amplio y profundo. La dureza con la que se enfrentaron prácticamente todas las huelgas importantes del sexenio nos daría un primer factor para poner tal afirmación en duda. Pero ni siquiera es necesario llegar al campo de lo social. Después de las experiencias de 1983-1985 el gobierno De la Madrid tendió crecientemente a cerrarse aún en aquella esfera que había sido su principal bandera aperturista: la electoral.

Algunos observadores han pretendido encontrar una explicación a esta involución en la supervivencia y fuerza de los sectores más retardatarios y retrógadas dentro del propio partido oficial, los hoy llamados "dinosaurios". Esta interpretación tiende a exagerar el peso autónomo más allá de la figura presidencial de estos sectores en la conducción de la política pública y, lo que resulta más importante, desconoce que existía (y existe) una profunda tensión real entre la dimensión económica y la política del proyecto aperturista -de nueva cuenta, al menos en el corto plazo.

Muchísimos conflictos nuevos y no tan nuevos fueron generados y agudizados de esta manera. Tales conflictos se dieron

dentro y fuera del espacio partidario y estatal. Dentro de los partidos de oposición fue generándose un liderazgo más agresivo y menos dispuesto a respetar las reglas formales de una "oposición leal". El caso del PAN es a este respecto particularmente interesante. Pero fuera del juego político partidario también se gestaron nuevas realidades. El conflicto social en sí mismo se incrementó notablemente aunque sus expresiones se mantuviesen siempre en límites que frecuentemente lo hacían poco atractivo para el observador periodístico y casual. Pero no sólo se incrementó sino que, fundamentalmente impulsado por la experiencia de las semanas y los meses posteriores al terremoto de 1985, tendió a expresarse de manera crecientemente autónoma en relación con las estructuras tradicionales de control corporativo del Estado.

Cualquiera que haya impartido una conferencia ante el liderazgo intermedio del PRI, en su Instituto de Capacitación Política, sabe también que entre el gobierno (este gobierno con esta política económica y social) y buena parte de los cuadros medios del partido se daban también fricciones importantes. En alguna medida estos "conflictos de familia" tenían que ver con la traída y llevada confrontación entre "técnicos" y "políticos". Pero este ángulo de visión normalmente de una evaluación bastante cerrada de lo que realmente sucedía. El problema no se restringía al desacuerdo de unos cuantos políticos tradicionales y antidemocráticos con el programa aperturista de los "jóvenes técnicos". A ese desacuerdo (que de hecho existía y existe) se sumaba muchas veces otro, el cual se daba ante lo que los propios cuadros medios del partido consideraban las implicaciones "entreguistas" frente al exterior -en particular Estados Unidos- y "antidemocráticas" (en el sentido de que afectaban negativamente en el plano económico y social a las grandes mayorías del país) de tal proyecto.

## **B. Los resultados electorales y las realidades del proceso de calificación.**

En este momento resulta prácticamente imposible tener un juicio definitivo sobre lo que fueron en realidad los resultados electorales del 6 de julio. Existe una duda que parece bien fundamentada respecto al grado de fraude y modificación de tales resultados que se dió tanto en el día mismo de la elección como en los inmediatamente subsiguientes. El fraude, se alega, tuvo lugar en tres momentos distintos, cada uno de ellos con implicaciones también distintas para una evaluación política de su significado. Puede pensarse que las irregularidades que hubo en el día mismo de la elección estuviesen más cercanas a iniciativas locales o estatales que a un programa centralmente diseñado y aplicado. Sin embargo, resulta muy difícil no pensar que en las jornadas posteriores el "maquillaje" y la "alquimia" fueron sistemática y coherentemente aplicadas desde una decisión central. La sospechada distancia entre el contenido real de los paquetes electorales y los resultados asentados en las actas disponibles (en la que se basaba de hecho todo el desacuerdo, la petición y eventualmente la negati-

va autocondenatoria de que se abriesen todos ellos o al menos, posteriormente, una muestra) es tal vez el botón de muestra más significativo. El tercer tiempo que es necesario considerar se refiere a lo que sucedió antes de las elecciones en la conformación del padrón electoral. Casos como el de Chihuahua, donde se sacó del mismo a un número importante de militantes panistas, hacen pensar que las autoridades centrales tuvieron también algo que ver.

¿Para qué se hizo el fraude electoral? Esta es la pregunta realmente importante. Sólo quienes desde dentro del Estado conocieron la realidad de los datos y de los tres momentos resumidos podrían contestarla adecuadamente. Los demás debemos conformarnos con nuestra opinión. En mi opinión, el objetivo del fraude fue ampliar considerablemente el margen de la victoria del candidato oficial. Con ello estoy diciendo que no creo que Salinas hubiese sido derrotado pero sí que la votación a favor de Cárdenas pudo haber sido significativamente más amplia y que Clouthier fue seguramente el objetivo principal en el fraude anterior a la elección.

Sin embargo, los datos oficiales mismos ya revelan cambios de primera importancia en el panorama político del país. Entre los datos más significativos resaltan los siguientes: a) en el norte del país, región geográfica en la que el Partido Acción Nacional había logrado desarrollar sus principales bases de apoyo, se dió una considerable recuperación del voto favorable al PRI; b) el centro del país y en particular el área metropolitana de la ciudad de México votaron por el candidato del Frente Democrático Nacional; c) lo mismo hicieron aquellos distritos en los que importantes fuerzas sindicales, formalmente vinculadas con el partido oficial, tales como el Sindicato de Trabajadores Petroleros, tienen una presencia política indudable; d) sin el voto de los sectores menos "modernos" (y más susceptibles a la manipulación electoral) el candidato oficial -que recibió de ellos su principal porcentaje de apoyo- difícilmente hubiese alcanzado la mayoría, aún en el conteo oficial; y e) los sectores que mayores fracasos electorales obtuvieron son los directamente relacionados con los aparatos de control corporativo, en particular los sindicatos. El dato más paradójico es que la propuesta "modernizadora" de Salinas encontró una oposición muy significativa en las áreas más "modernas" del país en tanto que fueron precisamente aquellos sectores a los que esta propuesta tendería a desplazar los que permitieron su triunfo electoral. Ante la duda persistente sobre el nivel de fraude electoral, sin embargo, es necesario preguntarse si los sectores que votaron en contra de Salinas estuvieron formados por "lo más moderno" del país o simplemente por lo más "vigilado" por la oposición.

Por lo que hace ya no a los datos oficiales del resultado electoral sino al procedimiento seguido posteriormente para su calificación, pueden extraerse también algunas consideraciones interesantes. La primera se relacionaría con la tajante oposición del gobierno y el partido oficial a "abrir los paquetes", que no hizo fácil, ni

a los observadores más dispuestos a mantener abierto su análisis, el dudar sobre las denuncias de fraude orquestado y dirigido centralmente. La segunda resumiría el cambio de actitud desde las declaraciones inicialmente conciliatorias del propio Salinas y el comportamiento de la bancada priísta en el Colegio Electoral, basado en la abierta aplicación de su escasa -pero existente- mayoría numérica. Entre el uno y el otro de estos indicadores el segundo parece más relevante para aclarar alguna de las posibilidades que encierra la presente coyuntura.

Tres implicaciones de lo recién señalado parecen dignas de ser mencionadas. La primera es que los resultados electorales ya han introducido un cambio significativo en la relación entre Ejecutivo y Legislativo. La mayoría priísta en la Cámara de Diputados es tan estrecha que, por ejemplo, el Presidente no podrá introducir cambios a la Constitución utilizando el mismo proceso de simple fuerza mayoritaria que se utilizó para su calificación. No debe exagerarse la importancia de este punto. Salinas podrá gobernar sin recurrir a tal expediente, ampliamente usado por sus predecesores. De hecho, quien podría estar más interesado en tales modificaciones constitucionales en la presente coyuntura sería seguramente la oposición. Esto es así porque las principales disposiciones de la legislación electoral vigente después de la reforma de 1986 (y que garantizar, por ejemplo, que aún si obtuviese un voto no mayoritario el PRI mantendría el control de la Cámara) han pasado a rango constitucional.

La segunda implicación que vale rescatar deriva del hasta ahora comportamiento monolítico de la bancada priísta en la Cámara y el Colegio. No se han concretado mayormente las expectativas de desercciones en sus legisladores a favor, por ejemplo, del FDN. Si acaso el resultado neto de desercciones en uno y otro bando ha tendido a anularse. Pero esto no es lo más importante. Políticamente lo realmente crucial es la necesidad de mantener tal unanimidad, que lleva a una situación en la que aún la más pequeña de las fracciones de la bancada priísta es esencial en la implementación de las dimensiones legislativas del proyecto salinista. Salinas ha terminado por ser un rehén de todos en el PRI y seguramente cada una de estas fracciones intentará al menos exigirle algo a cambio por su apoyo.

La tercera implicación de lo recién planteado estaría relacionada con la gran importancia que para el PRI tendrá el volver a ganar la colaboración de algunas de las fuerzas hoy agrupadas en la coalición del FDN, en particular de aquellas acostumbradas a tal ejercicio por su experiencia partidaria previa. No es difícil prever que las "tentaciones" de muchos diputados, por ejemplo del PARM, del PPS o del hoy PFCRN, serán considerables. Por esto es esencial el explorar, así sea rápida y superficialmente, la situación que en estos momentos parece guardar la oposición y sus más importantes posibilidades futuras.

### C. ¿Una nueva oposición?

Los resultados electorales de julio tienen significados relativamente distintos para las dos principales fuerzas de la oposición. Para el Partido Acción Nacional el dato básico es que ha perdido de manera clara su posición como segunda fuerza electoral del país, frente a la coalición cardenista. Esto tiene implicaciones diversas. La primera se refiere a la capacidad anterior de Acción Nacional para captar una buena proporción del "voto de protesta". El PAN incrementó su porcentaje de votación pero tal incremento fue marginal. Ante la situación de crisis por la que ha atravesado el país (que parecía definir un espacio casi ideal para cualquier propuesta partidaria de oposición) tal incremento es sin duda desilusionante.

Entre las razones que podrían estar vinculadas con esto están algunas que no han sido en mi opinión adecuadamente cubiertas en los análisis postelectorales. La que me resulta más interesante está directamente relacionada con el proyecto presentado por el PAN. Sin querer siquiera apuntar todas las dimensiones del mismo, algunas de las cuales eran claramente distintas de las priístas, es esencial recordar un punto. Por lo que hace a los lineamientos básicos de política económica (en los cuales, como señalaré mas adelante, pueden encontrarse algunas de las razones del voto cardenista) el PAN no proponía ninguna alternativa al modelo definido e implementado por la administración De la Madrid y propuesto por el candidato oficial. Proponían, de hecho, básicamente hacer lo mismo, si bien más eficientemente y, sobre todo, sin corrupción. La monomanía panista en las dimensiones políticas de la democracia y morales del comportamiento gubernamental no fue suficiente para ampliar su llamado más allá de sus bases tradicionales de apoyo. Tal vez por la misma razón -y por su propuesta de facto en favor de un programa económico "como el de De la Madrid pero eficiente y moralmente administrado"- Acción Nacional se consolidó claramente como el partido para el cual los sectores "modernos" constituyen su principal fuente de apoyo electoral.

Al interior de Acción Nacional existe una discusión, que parece dar cierta vida nueva a la disputa entre sus principales fracciones (aparentemente superada por la hegemonía "neopanista" bajo Clouthier) relacionada con el tipo de campaña llevada a cabo por su candidato. En opinión de algunos de sus miembros el "populismo de derecha", agresivo y de intención "mesiánica" que dominó la campaña de Clouthier puede haber estado entre las razones de su decepcionante desempeño electoral.

Frente a estos elementos de apreciación negativa, sin embargo, es necesario señalar un punto de primera importancia por lo que se refiere a la posibilidad de una acción coherente, por ejemplo, en los espacios ganados en el Congreso por la oposición. Como partido Acción Nacional se mantiene como segunda fuerza. Ninguno de los partidos agrupados en el FDN tiene la combinación

de coherencia interna partidaria y caudal electoral que aún hoy caracterizan al PAN.

¿Cuáles son las posibilidades futuras de desarrollo de este partido? Dos tipos básicos de argumento pueden desarrollarse a este respecto. En uno de ellos la clara "modernidad" de sus bases electorales daría algunos elementos optimistas sobre su futuro. A medida que avance el incontenible proceso de la modernización económica y política nacional puede preverse que se incrementarán también las bases potenciales y de apoyo electoral para el partido. Sin embargo, debe recordarse que por ellas tendrá que competir con el propio partido oficial cuya propuesta hegemónica actual abraza también tal modernización. No es extraño que en el curso de la campaña electoral las principales fuerzas de la empresa privada se sumasen claramente a la candidatura oficial. Esto seguramente tenderá a reforzarse a medida que, ante la presión desde "la izquierda dentro de la Constitución" ejercida por el Frente Democrático Nacional se aclare el compromiso priísta con la versión salinista de la modernidad.

El otro lado de la moneda estaría dado por las limitaciones que en un país con las carencias y desigualdades sociales que caracterizan a México puede tener el atractivo de una propuesta económica que al menos en el corto plazo tiene necesariamente un impacto de alto costo para los grupos mayoritarios de la población. Esta limitación puede pensarse para ambas propuestas (la salinista y la panista) de modernidad, pero indudablemente será más difícil de asimilar por Acción Nacional. No es lo mismo llevarla adelante haciendo uso de los instrumentos de control social y político de que aún dispone el régimen y maquillándola con una tradición revolucionaria que aunque lejana todavía domina el discurso, que presentarla descarnada y claramente desde la oposición sin más apoyo que el de demandas que encuentran su principal eco en los llamados "sectores medios" del país -los cuales en términos de su ubicación en la distribución del ingreso nacional poco tienen de "medios".

Por lo que se refiere al Frente Democrático Nacional pueden señalarse también debilidades y puntos fuertes. En buena medida ambos derivan de la amplia coalición que apoyo la candidatura de Cuauhtemoc Cárdenas. ¿Qué unificaba a todas estas fuerzas? ¿Por qué el electorado decidió apoyarlas de manera tan significativa? Han sido muchas las interpretaciones. En estas páginas sólo quisiera agregar un elemento. Desde 1973 y en particular durante el sexenio De la Madrid el debate partidario más relevante en el país pareció darse en un espacio que recortaba artificialmente las opciones políticas discutidas a nivel de la sociedad. En prácticamente todas las encuestas de opinión disponibles durante el período existía una clara división al hacerse preguntas relacionadas con, por ejemplo, la protección de la industria o el mantenimiento del papel rector del Estado en la vida económica. Prácticamente el mismo porcentaje (siempre superior al 40%) de quienes se pro-

nunciaban a favor de la apertura y la reducción significativa del peso del Estado, lo tenían quienes se oponían a estos procesos. Sin embargo, en el debate partidario parecía que este se limitaba a las posiciones del PAN en la derecha y del propio gobierno priísta en la "izquierda", ambos como lo hemos ya recordado, fundamentalmente de acuerdo con el primero de esos grupos de encuestados. Parecía que el segundo de ellos, el de quienes no deseaban "el desmantelamiento del Estado" y la "desprotección de la industria nacional" no tenía forma de expresión al nivel partidario relevante.

Al menos en parte, el desacuerdo entre gobiernos y partido al que me referí antes estaba relacionado con este mismo problema. Debe recordarse que en una encuesta hecha por Gallup semanas antes de la elección prácticamente la cuarta parte de quienes se decían comprometidos a votar por el candidato oficial consideraban al mismo tiempo como preferible la propuesta de política económica de "un candidato de la oposición". A este desacuerdo con la propuesta económica, y en particular con las implicaciones que para los sectores mayoritarios tuvo su formulación bajo De la Madrid, se agregaba una segunda preocupación relacionada en este caso con las implicaciones del mismo proyecto para la autonomía del país frente al exterior. Más allá de los pronunciamientos oficiales en contrario, resultaba claro para muchos, incluso militantes del PRI, que al dejar a su libre juego las fuerzas del mercado el re-



sultado inevitable sería una agudización del proceso de "integración silenciosa" de la economía mexicana a la norteamericana y el eventual deterioro de la capacidad de decisión soberana del país. Algunas veces se olvida el nombre completo de la fracción priísta que constituyó la verdadera columna vertebral de la coalición del FDN: Corriente Democrática y Nacionalista.

Se ha comentado abundantemente el hecho de que, dada la multiplicidad de programas de gobiernos originales y considerablemente distintos que tenían las fuerzas electorales integradas en el FDN, este no hubiese presentado una propuesta económica clara. Es cierto que no hubo tal precisión propositiva. Sin embargo, esto no es lo más importante. La coalición cardenista apelaba a algo que era conocido por el electorado y que por tanto no necesitaba mayor precisión: las tradiciones más claras de la llamada ideología de la Revolución Mexicana: papel rector del Estado, preocupación por los intereses económicos y sociales de los grupos mayoritarios, énfasis en el mercado interno y defensa de la soberanía nacional. Aún el que ha sido llamado "factor mágico" relacionado con el nombre mismo de su candidato, remitía precisamente a esa herencia. Se votaba no sólo por un Cárdenas sino por una versión bastante clara que la herencia revolucionaria mexicana. En ese sentido, es extremadamente simplista el atribuir el voto del FDN a una reacción, por otra parte racional, frente a la situación económica específica que vive el país. En mi opinión, representa mucho más la persistencia en la imaginación popular de un programa conocido y por tanto innecesario de precisar. El que tal programa tenga viabilidad real en las condiciones actuales del país y de la restructuración del mundo capitalista a escala más global, es otro problema.

¿Hasta dónde será posible institucionalizar lo ganado? El primer punto que debe señalarse a este respecto es que indudablemente habrá una voluntad de hacerlo. La historia misma de la Corriente Democrática y, en particular su decisión de abandonar las filas priístas en 1987, en lugar de aceptar su derrota interna, apunta claramente en ese sentido. La historia de la otra fuerza partidaria real que hoy existe en el país (el PMS) y en particular la larga marcha del PCM hacia la unidad de las fuerzas de una fracción importante de la izquierda mexicana indica también claramente que habrá cuadros comprometidos en la tarea. Sin embargo, el proceso no será fácil.

Se ha aclarado tanto la forma preferida de tal institucionalización como algunas de sus previsibles dificultades. Desde la elección misma resultaba claro que al menos parte de las actitudes y posiciones asumidas por el candidato presidencial del FDN estaban dirigidas por una parte a mantener la unidad alcanzada por una serie de fuerzas políticas indudablemente muy diversas y por la otra a "levantarse" por encima de cualquiera de los partidos que formaban la coalición. Podía especularse que la intención era formar un partido sin tener que depender de la negociación con las cúpulas partidarias. Después de todo era acuerdo común que el incremento en los caudales electorales de partidos como el PARM o el PFCRN estaba claramente relacionada con la fuerza del candidato y no del partido. Sin embargo, también podría preverse que las mismas direcciones partidarias, coyunturalmente levantadas por el propio resultado electoral, no encontrarían fácil el sumarse a

tal propuesta. Esto es lo que se ha concretado en las últimas semanas.

¿Hasta dónde podrá Cárdenas y aquellas fuerzas partidarias favorables a la unificación en un solo organismo político avanzar ante la propuesta alternativa de mantener una estructura de coalición? Creo que un dato central estará dado por la creación de un nuevo partido, de afiliación individual (aunque no sólo individual) tendría un impacto considerable independientemente de que se mantuviesen al menos en el corto plazo otras estructuras partidarias. No es difícil pensar que buena parte de los militantes que se sumaron en esta ocasión al trabajo de por ejemplo el PARM, trasladarían su afiliación al nuevo organismo. Sin embargo, el proceso tendrá necesariamente un contenido no sólo de suma de fuerzas sino también de algunas restas. El resultado neto tal vez en el corto plazo disminuya la fuerza coyuntural de la nueva organización. Pero, si logra llevarse a buen término, indudablemente sentará las bases de lo anunciado claramente no sólo por la elección misma sino por la revisión de los datos de opinión pública a los que ya he hecho referencia: la existencia de un espacio real para un partido de "centro-izquierda" en el país.

Uno de los motores que pueden contribuir en mayor medida a este respecto será la conciencia de que de haber presentado candidatos únicos a las elecciones legislativas el Frente hubiese tenido no considerable número de victorias. De hecho, en el área metropolitana de la ciudad de México se hubiese convertido aplastantemente en la fuerza mayoritaria. Hay un plazo de tres años hasta las próximas elecciones legislativas y en ese plazo deberán decantarse las fuerzas centrípetas y centrífugas de la coalición.

El punto central de la fortaleza de la oposición de izquierda en el país tal como esta se ha conformado después de la elección está definido por su capacidad para disputar la herencia misma de la Revolución Mexicana. Por primera vez el gobierno mexicano tendrá que lidiar con una fuerza real que desde su izquierda subraye y clarifique las contradicciones e inconsistencias entre, de una parte, tal herencia y la retórica oficial en la que ésta se expresa y, de la otra, el comportamiento de las políticas concretas seguidas por la administración. En este sentido la izquierda podrá situarse en lo que ha constituido históricamente el centro mismo del consenso político nacional. No ha terminado aún ni el proceso de re-cooptación de algunas de las fuerzas del Frente ni de desgajamiento de la izquierda del partido oficial.

Dos precisiones, de contenido muy distinto, son necesarias en este momento. Primero, la fuerza numérica de las bases sociales de apoyo para el FDN no es lo mismo que fuerza política. En buena medida el partido oficial logró imponer unilateralmente la calificación de las elecciones presidenciales no sólo porque tiene tras de sí la fuerza real de actores económicos y políticos de primera importancia. Por esto es previsible, por ejemplo, que de la

competencia estrictamente electoral las fuerzas del FDN pasen a competir activamente en los espacios de organización social y sindical.

La segunda precisión levanta la duda de hasta dónde podrá la coalición de izquierda evitar ser rebasada por la movilización autónoma de diversos grupos sociales. Es este otro componente de primera importancia en la actual coyuntura política del país. Agudizado desde fines de 1985, el proceso autónomo e independiente, tanto de las estructuras corporativas de control como de las aún débiles alternativas partidarias opositoras, de importantes núcleos de la población, sobre todo urbana, del país define un dato crucial tanto para el gobierno como para aquellas fuerzas que intenten articular políticamente sus demandas y reivindicaciones.

Antes de concluir quiero simplemente enfatizar un punto que seguramente nos da una visión también optimista de las posibilidades de desarrollo futuro de esta compleja reunión de fuerzas. El progreso político y electoral de la coalición introduce una mucho mayor simetría entre el debate político partidario y aquél que tiene lugar en el plano de la sociedad misma. Quienes no tuvieron formas de acceso político de sus opiniones pueden encontrar en esta nueva fuerza un canal importante. Tal vez lo más difícil para la izquierda sea precisamente articular organizadamente demandas bien diversas.

#### **D. Las respuestas potenciales del gobierno de Salinas**

Creo que si viviera en un mundo sin restricciones Carlos Salinas honestamente intentaría al mismo tiempo continuar con la liberalización política en el país y culminar el proyecto de apertura de la economía mexicana iniciado por la presente administración. Su mundo, sin embargo, está lleno de restricciones.

La primera es la tensión misma, ya señalada, que en el corto plazo se genera inevitablemente entre ambos tipos de apertura. Ya De la Madrid mostró las limitaciones de cualquier intento por negar esta realidad. Salinas llega al poder gracias a los sectores menos modernos del país y al trabajo más tradicionalmente priista en el plano electoral al que -a partir del aparente fracaso de su propuesta de campaña original- tuvo que recurrir. Las limitaciones que esto define son simplemente agudizadas por su carácter de "rehén de todos" al que ya he hecho referencia. La presidencia mexicana sigue teniendo facultades más que suficientes para superar en última instancia estas limitaciones pero no debe pensarse que Salinas podrá actuar con la misma prescindencia de la opinión aún de las fracciones de su propio partido a las que algunos presidentes anteriores nos han acostumbrado.

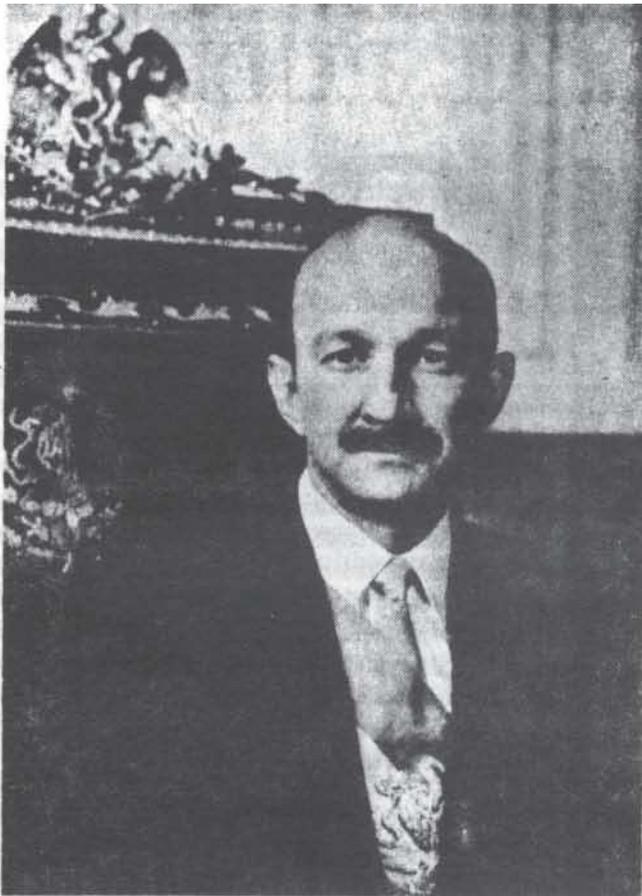
A estas restricciones políticas deberá enfrentar otras de contenido fundamentalmente económico. 1988 es el primer año del

sexenio De la Madrid en el que se espera un déficit en la cuenta corriente mexicana. El Pacto de Solidaridad Económica -en mi opinión gestado al menos parcialmente por consideraciones político-electorales, manteniendo coyunturalmente ante la complejidad de la coyuntura política y transformando en una especie de tarjeta de presentación del proyecto continuista- tendrá que dar paso inevitablemente a un proceso de reajuste en el que lo único no perfectamente claro es cuando vendrá la inevitable devaluación con sus secuencias inflacionarias. En un plano estrictamente político, la pregunta es ¿quién cargará con el muerto? ¿Hará De la Madrid lo que hicieron sus dos predecesores, asumiendo a final de cuentas el costo político de la crisis económica? o ¿Tendrá Salinas que inaugurar su gobierno con este regalo? Hasta ahora la lógica política de ambos tendía a coincidir pero una vez confirmado como "Presidente Electo" el segundo, esta serie de preguntas tiene necesariamente que plantearse.

En los dos sexenios anteriores la coincidencia de "dificultades políticas a la derecha" y "problemas con los vecinos" llevó tanto al primer López Portillo como a De la Madrid a enfatizar la recuperación de la confianza del sector privado y de sus socios norteamericanos. Entonces no existía una fuerza organizada y coherente a la izquierda del debate que cuestionara esto. Hoy las cosas son distintas. Salinas indudablemente no estará interesado en un "compartir el gobierno" como ha sido demandado por algunas fuerzas de la coalición de izquierda pero es difícil ver como podrá evitar el tener que hacer a las mismas fuerzas algunas concesiones. La pregunta entonces es cuáles son las concesiones más viables.

Creo que puede pensarse en dos elementos de carácter general y uno un poco más preciso a este respecto. Los dos primeros serían: a) la necesidad de una mucho mayor sensibilidad política en el manejo del gasto público y b) el mantenimiento de una política exterior dentro de los amplios márgenes que brinda la tradición de "independencia relativa". El aspecto más particular tiene que ver con el manejo de la deuda externa. Una posición más firme a este respecto tendría beneficios políticos indudables y no necesariamente sería contraria a los lineamientos más generales de liberalización económica. Por el contrario, puede de hecho pensarse que ha sido precisamente el manejo del pago de la deuda una de las lozas más importantes sobre el proyecto de apertura, que ha tendido a potenciar sus dificultades de corto plazo.

El que Salinas haga concesiones no quiere decir, por otra parte, que negociará, en un sentido estricto, esas concesiones. Una de sus opciones será el simple anuncio de las políticas dirigidas a "quitar banderas" más que a reforzar la presencia pública de la oposición de izquierda.



*Carlos Salinas de Gortari, elegido presidente mexicano en el último proceso electoral.*

#### **E. Algunas dudas finales**

Tres dudas centrales deben ser señaladas. La primera es la más difícil de evaluar: ¿estaría Salinas, el economista, el indudablemente inteligente administrador, capacitado para responder adecuadamente en un momento en el que la política vuelve a ser el campo dominante de la coyuntura nacional? Desde mediados de los setenta la urgencia coyuntural ha estado guiada básicamente por las dificultades económicas. Hoy los datos son bien distintos y el tipo de personalidad tal vez más adecuado para resolver las primeras no es la más propicia en el segundo caso. De la Madrid ha dado abundantes pruebas de esto. ¿Se levantará Salinas de su imagen y presencia indudablemente poco atractivas políticamente? Aquí es imposible hacer una predicción sensata.

La segunda duda se relaciona con los datos que están fuera del control del gobierno mexicano. Entre ellos la evolución de los precios de la energía y el mantenimiento o no de una economía norteamericana relativamente abierta en la coyuntura de 1989. Hoy el país es mucho más vulnerable de lo que era hace unos cuantos años a movimientos negativos en cualquiera de estas esferas - que quedan obviamente fuera del control del Ejecutivo mexicano.

La tercera y última duda se refiere a la reacción que tendrán aquellas fuerzas externas que controlan al menos parte de las fichas en juego, en particular las norteamericanas. Aquí las preguntas centrales son claras: ¿podrán tales fuerzas entender en dónde radican sus verdaderos intereses?; ¿tendrán la capacidad de llegar a un acuerdo interno sobre los mismo?; ¿podrán ambas partes llegar a nuevos entendimientos básicos que permitan al mismo tiempo manejar la compleja coyuntura política interna mexicana sin afectar irremediabilmente el tono de la relación bilateral? El margen de maniobra con el que cuente el gobierno de Salinas también dependerá de la respuesta que se de a estas interrogantes. En la última parte de estas notas propongo algunos elementos de juicio para intentar una primera respuesta a estas cuestiones.

### **III LAS RELACIONES MEXICANO-NORTEAMERICANAS ANTE LA NUEVA COYUNTURA.**

El punto de partida de las páginas que siguen es la consideración de que más que los datos mismos de la coyuntura o de nuestra interpretación de la misma el elemento crucial para entender la potencial respuesta norteamericana será necesariamente la evaluación de las percepciones dominantes en aquellos círculos norteamericanos relevantes para nuestro análisis, respecto a estas cuestiones. Como un supuesto no adecuadamente demostrado en el marco mismo de este ensayo estaría la proposición de que las fuerzas económicas, políticas, y aún académicas más relevantes del espectro norteamericano consideran que la propuesta gubernamental de Carlos Salinas constituye la mejor receta para nuestro país (y, coincidentemente, para el suyo). La reacción norteamericana desde el destape mismo de Salinas fue no solamente positiva sino que marcó una clara distancia con el tono amargo que la relación bilateral asumió en 1985 y 1986. No fue sin duda el único factor en tal cambio de tono -que se había dado desde antes de su presentación oficial como candidato del PRI. Pero indudablemente contribuyó a empujar el proceso de mejoría en el clima de la relación

Lo sucedido en la campaña electoral mexicana ha tendido a reforzar esta predisposición positiva ante el candidato priísta. El objeto de las páginas que siguen es evaluar hasta dónde podrá ésta transformarse en medidas concretas de políticas que permitan ampliar el espacio político con el que contará el nuevo gobierno mexicano.

Para intentar tal evaluación, seguiré cuatro pasos. En el primero examinaré tan sólo una de las fuentes de conflicto en la relación bilateral: el limitado espacio de traslape entre los debates políticos de ambos países. Existen indudablemente muchas otras fuentes de problemas y tensiones que seguirán operando. En el limitado espacio de estas notas basta, sin embargo, introducir sólo una de ellas, tal vez la más directamente relacionada con el análisis de la coyuntura mexicana intentado en las páginas preceden-

tes, para sugerir algunas de las dificultades que deberá enfrentar cualquier intento de "buena relación".

En el segundo paso intentaré contrapesar esta primera imagen mediante el análisis de una de las principales limitaciones al conflicto intergubernamental, desarrollada por mí en algún trabajo anterior: la llamada "paradoja del precipicio" en la que se sugiere que aquellos momentos que en la percepción norteamericana ponen a México "cerca del abismo" tienden a abrir espacios a la negociación intergubernamental. La tercera sección levanta el supuesto básico de la "paradoja": el comportamiento del gobierno norteamericano como un "actor racional unificado". En ella se examina al menos parte de la complejidad burocrática y no gubernamental de la relación bilateral. La cuarta y última sección trata de identificar algunos datos relacionados con el nivel de "prioridad estatal" que las relaciones con México asumirán para el próximo gobierno norteamericano. El supuesto aquí es que sólo un alto grado de prioridad estatal puede llevar a los órganos centrales del gobierno norteamericano a intentar definir e imponer una sola versión de lo que constituye el interés nacional norteamericano tanto en áreas específicas como en el conjunto de la relación.

Con base en esta argumentación las conclusiones del ensayo introducirán algunas breves especulaciones sobre el otro lado de la ecuación: lo que sucede al norte de la frontera.

#### **A. Las dificultades de comunicación entre debates políticos no coincidentes.**

Una de las más profundas raíces del conflicto en la relación intergubernamental mexicano-norteamericano esta dada por el hecho de que, por una parte, el debate político en ambos países ha sido en buena medida consensual (el "consenso liberal" de Hartz para el lado norteamericano y la hegemonía de la "ideología de la Revolución Mexicana" al sur de la frontera) y, por la otra, ha tenido un muy limitado espacio de traslape. La expresión más obvia de esto es que el centro político de cada uno de los dos países se ubique en lugares muy distintos de lo que sería un espectro imaginario que abarcara a ambos.

Las consecuencias de esto para la relación intergubernamental son muy diversas pero la más elemental es que todo discurso que 'vende bien' al sur de la frontera no lo hace al norte y viceversa. Como lo demuestra la experiencia de la postguerra, esta fuente de desacuerdo puede ser manejada cuando se dan dos condiciones. La primera sería que lo que se dice en el sur de la frontera tenga un auditorio limitado al norte; o sea, que sólo sigan con atención los "desarrollos mexicanos" especialistas y funcionarios gubernamentales. La segunda es que, sobre todo los últimos, acepten un grado significativo de disonancia entre el discurso oficial mexicano y la práctica concreta de su política, principalmente

económica. Durante la postguerra esto fue el principal aspecto de la serie de "acuerdos implícitos" que gobernaron la relación.

Desde 1973 y particularmente durante el sexenio De la Madrid, como ya lo he sugerido, el debate político en México pareció tender a ampliar el espacio de traslape con el de su contraparte norteamericana. El límite principal que este proceso tuvo estuvo dado por el movimiento "a la derecha" del propio debate político en Estados Unidos. En algún sentido el debate mexicano se corrió hacia el norteamericano sin poder nunca alcanzarlo.

Los datos de coyuntura examinados en la primera sección de este ensayo introducen un cambio de primera importancia en esta situación de más de tres lustros. No es necesario aquí repetirlos. La recuperación de un equilibrio más cercano a la vieja ideología hegemónica, abriendo un espacio claro a la izquierda del debate que dominó la discusión pública en los últimos años, vuelve a moverlo en un sentido inverso. Y en este caso el "corrimiento al centro" que se experimenta al norte de la frontera tampoco es suficiente para compensar esta modificación.

Por otra parte, también por lo que respecta a los actores norteamericanos han ocurrido cambios significativos. Al menos una de las dos condiciones propuestas párrafos arriba parecen difícilmente recuperables. Hoy, lo que se dice al sur de la frontera es oído y seguido por sectores crecientes del debate norteamericano. Será muy difícil en el futuro evitar una reacción negativa en algunos círculos relevantes norteamericanos frente al tipo de declaraciones que la coyuntura política mexicana impondrá en muchas ocasiones a su gobierno. La pregunta abierta se refiere a la segunda de esas condiciones y ha sido ya planteada en páginas anteriores: ¿podrán recuperarse los entendimientos implícitos al menos con la élite político-gubernamental norteamericana? El segundo paso de esta sección intenta proporcionar elementos de juicio en este sentido.

#### **B. La "paradoja del precipicio" y los límites del conflicto**

Al igual que existen profundas raíces de conflicto en la relación bilateral mexicano-norteamericana existen también factores que tienden a limitar su incidencia al nivel de las relaciones intergubernamentales. En algún trabajo anterior he tratado de identificar las principales características de uno de ellos. No es posible ni necesario repetirlos aquí. Bástenos señalar que las profundas y crecientes vinculaciones de interés real que se dan entre las economías y las sociedades de ambos lados de la frontera, así como la continuidad de un proyecto que en lo fundamental coincide con lo que los norteamericanos identifican como, tanto nuestros como sus intereses hace que aunque contribuyan muchas veces a llevar al gobierno mexicano al borde mismo del "abismo", una vez en él no den el último empujón.

Solo es necesario aclarar a este respecto que aquí también opera la restricción general del argumento que recordé líneas atrás. Para efectos del "juguete heurístico" que estoy empleando lo importante no es que el país esté o no objetivamente en el abismo o que nosotros así lo estemos, sino más bien que ellos perciban que la situación es crítica. En el plano financiero, por ejemplo, normalmente no resulta necesaria una gran precisión al hacer estas distinciones. En el político, sin embargo, resulta crucial. El elemento central resultaría de la consideración de cuál es el "abismo político" para México en opinión de los actores relevantes norteamericanos.

Para aclarar este punto puede hacerse una referencia a la experiencia inmediata de la relación bilateral. Dado el mutilado debate nacional que predominó en los últimos cinco años, el efecto que cualquier política de "dureza norteamericana" pudiese tener, era percibido como bastante limitado y si acaso restringido al reforzamiento de la opción panista que, según he ya también señalado, planteaba un espacio muy estrecho de debate en aquellos temas realmente centrales para los norteamericanos en relación con las posiciones del gobierno De la Madrid. En la opinión norteamericana, México parecía encontrarse muy lejos del abismo y, por tanto, existía un considerable espacio en el que podía empujarse sin que corriese cualquier riesgo de caer. De hecho, el mejor de los mundos posibles era la consolidación de unos términos de debate en México en el que las dos posiciones "extremas" resultaban indudablemente "sensatas y responsables".

Hoy la situación es bien distinta y, sin estar propiamente en el precipicio, el país puede haber dado de nueva cuenta desde la óptica norteamericana pasos considerables en ese sentido. En la nueva coyuntura una imagen de conflicto puede ayudar a definir una identidad políticamente más atractiva para el nuevo presidente mexicano pero también puede (en particular si logran identificar figuras importantes entre retórica y práctica) consolidar las posiciones de la coalición que hoy domina el lado izquierdo del espectro político mexicano. Muchos influyentes norteamericanos seguramente se preguntarán si vale la pena jugar con fuego. Muchos también enfatizarán la necesidad de contraponer el interés y la seguridad nacional de ese país a los intereses específicos que en diversas esferas podrían ser sacrificios en aras de una política más "comprensiva" ante el gobierno mexicano. El que puedan alcanzar este objetivo no es sin embargo un dato de la realidad, como lo intento señalar en los párrafos siguientes.

### C. ¿Es prudente esperar coherencia?

Los nuevos presidentes de México y Estados Unidos son sólo dos, aunque sean los más importantes, de los múltiples actores que intervienen en la definición de la abigarrada telaraña bilateral mexicano-norteamericana. La complejidad gubernamental y no gubernamental de ésta, por otra parte, no se limita al sólo número

de los intereses en juego, sino al hecho elemental de que éstos son contradictorios no sólo muchas veces entre países sino al interior mismo de cada uno de ellos. Es ya un lugar común señalar que a ambos lados de la frontera existen ganadores y perdedores en prácticamente cualquier tema de la relación bilateral y que en consecuencia buena parte de ella está íntimamente vinculada con las realidades políticas internas de ambos países. Hasta hoy, éste ha sido un dato analizado particularmente para el lado norteamericano. Desde hoy, deberá también introducirse al sur de la frontera.

Lo que este tercer elemento hace es levantar el supuesto de "acción racional unitaria" del que depende la lógica interna del juguete heurístico utilizado en párrafos anteriores. La pregunta que surge inevitablemente es si la relación con México asumirá un nivel de importancia suficiente en la agenda del gobierno norteamericano como para hacer que las autoridades centrales de ese país estén dispuestos a pagar el indudable costo de imponer una sola política a todos estos actores. Este constituye el cuarto y último paso de nuestro argumento.

### D. ¿Qué tan prioritario será México para el próximo gobierno norteamericano?

Desde principios de los setenta se ha dado un proceso de incremento constante y creciente de la prioridad asignada a la temática mexicana al interior del gobierno de Estados Unidos. La obsesión reaganiana con Centroamérica nubló, sin ocultar, este proceso. Hoy es esperable que cualquier gobierno norteamericano tienda a experimentar el proceso contrario: ante los desarrollos que se dan al sur de su frontera será imposible dedicar la atención fanática al istmo que caracterizó la política latinoamericana del gobierno republicano. De hecho, en los documentos que circulan en los equipos de ambos candidatos norteamericanos y en las recientes presentaciones públicas de los esfuerzos por ese país, México aparece sistemáticamente como uno de los puntos inevitables de la agenda. Así, por principio puede esperarse un nivel de atención considerable. Como siempre, sin embargo, este nivel de atención deberá competir con los desarrollos que tengan lugar en otras áreas no sólo de la región sin del planeta, en particular con aquellas que sean identificadas por los norteamericanos como situaciones críticas.

## IV. EL OTRO LADO DE LA ECUACION Y SU IMPACTO SOBRE ALGUNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES.

A diferencia del caso mexicano, al norte de la frontera no se enfrentan hoy proyectos tan diferenciados y claros como fue el caso de las dos elecciones presidenciales anteriores. Es por ello esperable que las diferencias incorporadas en ellos por lo que se refiere el tratamiento de su vecino inmediato al sur, no sean demasiado marcadas. Sin embargo, existen diferencias que deben seña-

larse y que hace que ambos candidatos tengan puntos "favorables" y "desfavorables" cuando se les intenta evaluar desde México.

Del argumento desarrollado en este ensayo se deriva que el clima político mismo de la relación será en este caso particularmente importante. En especial la disposición que el jefe del Ejecutivo norteamericano tenga para desarrollar un nuevo conjunto de entendimientos, debe considerarse como un factor crucial. A este respecto puede esperarse que Bush represente la continuación de los últimos dos años de clima, relativamente positivos, y no de aquel que predominó a mediados del segundo período de Reagan. Dukakis indudablemente introduciría una mejoría en el clima. Esto podría tener consecuencias positivas. Pero también podría llevar a expectativas irreales que necesariamente serán contradichas por las profundas raíces de conflicto bilateral que dominan la relación. Las caídas duelen más mientras más alto se está y por ello no es claro que la "inflación de expectativas" fuese necesariamente positiva.

Existen temas que no dependen de ninguno de los dos paí-

ses. Así por ejemplo si, como es previsible, el conflicto centroamericano vuelve a "calentarse" sería siempre preferible un Dukakis que un Bush al que la "izquierda ideológica" de su partido le podría intentar pasar siempre la cuenta del wimp factor.

Por último en aquellas áreas de la relación en las que sistemática y lentamente han tendido a desarrollarse mayores niveles de coincidencia en las propuestas de ambos gobiernos -las económicas- es difícil no concluir que las bases sociales de uno y otro candidato los constriñen de manera distinta también a ellos. Resulta muy difícil imaginar a Michael Dukakis vetando dos veces una legislación comercial proteccionista. Por ello es comprensible que aquellas fuerzas políticas mexicanas interesadas en esta clase de temas y, en particular, en la continuidad del programa de apertura de la economía nacional, tengan sus ojos puestos más cerca de la vicepresidencia norteamericana que de la ciudad en la que el hoy presidente electo mexicano recibió -como nos lo han vuelto a recordar todos los periódicos norteamericanos- su "entrenamiento graduado".

Agosto 1988